

LA MONTAÑA MISTERIOSA



Elena Sant Iago

CAPÍTULO 1.

Ocurren muchas veces en nuestras vidas acontecimientos que nos parecen desagradables, simplemente porque esperábamos lo contrario o, al menos, algo diferente. Sin embargo, más tarde en el tiempo agradecemos que hayan ocurrido, porque son el principio de algo que realmente va a ser importante y mucho más gratificante de lo que hubiéramos imaginado.

Esto es lo que le pasó a la protagonista de este relato.

Elena no era una mala chica, pero tenía sus defectos como la gran mayoría de los humanos. También tenía virtudes, aunque no siempre eran visibles. A veces dominaba en ella el orgullo, o el mal genio y, otras veces, el sentido de la justicia y de la misericordia. Físicamente, era una muchacha no especialmente bella, pero tenía su encanto, sobre todo cuando sonreía.

Vivía con sus padres y su hermana Alicia, que tenía seis años menos que ella. En el momento en que empieza esta historia, Elena estaba a punto de cumplir los 18.

Durante todo el año la familia había planeado ir a Egipto en las vacaciones. Esto era algo que realmente había tenido ilusión a Elena, que siempre se había sentido atraída por las pirámides y los misterios del antiguo Egipto. El sólo hecho de viajar ya le fascinaba, y volar en avión, cosa que nunca había hecho, era la gota que colmaba el vaso de su ilusión.

Pero he aquí que cuanto más se apega uno a algo, más le cuesta desapegarse de ello. Y Elena se había aferrado a ese viaje y le tocó desaferrarse. Por motivos que no vienen al caso, el padre de Elena se vio obligado a trabajar los meses de verano, con lo cual se arruinaron las vacaciones de todos.

No obstante, como los padres siempre quieren el bien de sus hijos, los de Elena no quisieron sacrificar a sus hijas a pasar todo el verano en casa, así que decidieron inscribirlas en un campamento de verano en plena naturaleza.

Nuestra joven protagonista se sentía completamente defraudada y enfadada con el cambio. No está de más decir que, por supuesto, ella no quería ir a ese campamento. Discutió, pataleó, lloró, incluso intentó hacer huelga de hambre (aunque sólo consiguió saltarse una comida, para comer casi el doble en la siguiente), pero sus padres vieron en ella “claros signos de cabezonería” y la acusaron de “inmadura”; y el final, lógicamente, fue que las dos hermanas se fueron al campamento.

— ¡Que os lo paséis bien! Ya verás Elena, como te gustará — dijeron para despedirse los padres a sus hijas.

— ¡No me gustará y no pienso pasármelo nada bien!— contestó Elena.

— Como quieras. — respondió su madre con paciencia y dando un beso a cada hija.

Por fin Elena y Alicia cogieron el tren rumbo a la montaña. La mayor de las hermanas iba silenciosa mirando por la ventana sin realmente ver lo que se ofrecía a sus ojos, mientras que la menor iba charlando muy contenta con una amiga que también iba al campamento, acerca de todas las cosas que pensaban que iban a pasar.

CAPÍTULO 2.

Después de un pequeño sueño, Elena se sintió un poco menos enfadada y, al tiempo que escuchaba a las dos niñas hablar, iba dándose cuenta de las maravillas del paisaje que se iba presentando conforme el tren se aproximaba a su destino. Las montañas eran realmente altas y las que se veían a lo lejos, en especial una de ellas, anunciaban un algo de profundo y misterioso que durante un momento provocaron en la joven un sentimiento especial y diferente, y de cierta atracción por ellas.

El tren se paró en un pueblo al pie de una de las montañas, y allí se bajaron. Se dirigieron hasta la entrada de la estación donde se encontraba un pequeño autobús encargado de recoger a los asistentes del campamento que llegaban en el tren. Vieron que había más chicos y chicas que venían en el mismo tren que ellas. Todos iban muy animados y se iban presentando entre ellos. Había dos chicas de la edad de Elena que se le acercaron y comenzaron a entablar conversación. Luego se unió otra y así formaron el cuarteto de las chicas mayores del campamento.

Cuando llegaron al lugar donde estaban los albergues, Elena ya estaba de mejor humor y al ver el sitio tan privilegiado, dio un suspiro en el que parecía soltar finalmente el recuerdo del viaje

frustrado a Egipto, y en el que se decía interiormente “bueno, no está tan mal”.

El valle en el que estaba situado el campamento era de una belleza exquisita. El centro era como una gran alfombra verde, y en la periferia se iban encontrando pequeños grupos de diferentes árboles que anunciaban los grandes bosques que llenaban la montaña. Había también un riachuelo que seguía su corriente hacia un pequeño río que bajaba de una de las montañas y que traía el agua tan fría como transparente. La variedad de pequeñas plantas que allí existían era enorme, así como la de especies animales. Parte de las actividades que se iban a tener en el campamento era el aprender a conocer unas y otras.

Enseguida se asignaron las plazas en los distintos dormitorios, separando los chicos de las chicas y también por edades, con lo cual, las dos hermanas dormirían separadas. Se dio un tiempo para ordenar el equipaje y se citó a todos en el gran comedor para las presentaciones y explicaciones diversas.

Elena ordenó sus cosas rápidamente y, como aún tenía tiempo, quiso dar una pequeña vuelta por los alrededores del campamento para ir conociendo el lugar. Conforme iba avanzando en su pequeña exploración iba sintiéndose más animada. Y, cuando alzando la vista miró de nuevo las montañas, sintió de nuevo esa atracción, casi como una llamada. Era un sentimiento extraño.

CAPÍTULO 3.

Ensimismada, sin darse cuenta del tiempo, de pronto escuchó a lo lejos la campana del campamento que llamaba para la reunión. Suspiró y susurró: “montaña misteriosa, tengo tres semanas para descubrirte”. Y rápidamente regresó al campamento.

Iba corriendo para no llegar la última a la reunión y, al querer entrar en el comedor, chocó de frente con un joven que justamente salía.

— ¡Eh, cuidado!— dijo él.

— ¡Ten cuidado tú!— contestó Elena.

Él la miró atentamente, con aire divertido, cosa que irritó más aún a Elena. Ella volvió la mirada de forma altiva hacia otro lado y entró en el comedor. Una vez dentro y después de algunos pasos miró de nuevo a la puerta por la que había entrado y vio que el joven seguía allí mirándola. Rápidamente se volvió y continuó buscando a sus nuevas amigas. Cuando por fin las encontró, le dijeron que la habían buscado y que, al no encontrarla, le habían guardado un sitio.

Al poco, todo el comedor se había llenado de chicos y chicas de distintas edades que se habían colocado en las distintas mesas y que formaban una alegre algarabía. Entonces una monitora pidió silencio y, cuando por fin logró que todos callaran, empezó dando la bienvenida a todos y se presentó a sí misma y al resto de monitores. Entre ellos estaba el joven con el que Elena había chocado antes. Éste se llamaba Marcos. Tenía unos 24 años y tenía un aspecto muy agradable, así como también lo era su carácter. Elena lo miró de nuevo cuando fue presentado y, sin saber por qué, no podía dejar de mirarlo. La monitora siguió explicándoles el programa de actividades en general, y luego el programa para ese día. Se nombró un monitor para cada grupo y Elena sintió un vuelco en el corazón cuando se nombró a Marcos como coordinador de su grupo. Pero, al parecer, no fue la única que no se sintió indiferente ante esto, porque todas sus amigas hicieron comentarios más tarde:

— ¡Qué guapo es!— decía una de ellas.

— ¡Sí, y vaya suerte que hemos tenido!— añadía otra.

Y así iban comentando lo contentas que estaban con su monitor. Elena, sin embargo, no decía nada. Y cuando le preguntaron sus amigas, dijo:

—No es para tanto. Y, además, parece un creído.

—A mí me da igual, el caso es que es muy guapo. Además, solamente es un monitor, no nos vamos a casar con él. —contestó otra.

Más hablaban sus compañeras, más rechazo sentía Elena hacia él, o al menos eso creía ella. Porque si había alguna cosa que su orgullo no le permitía era aceptar que algo que le gustaba a la mayoría también podía gustarle a ella. Era de por sí bastante inconformista pero, quizás

inconscientemente, pensaba que lo era mucho más.

Así empezaron a hacer pequeñas excursiones, en las cuales Marcos les enseñaba a conocer y a apreciar la naturaleza. Les enseñaba técnicas de ayuda para supervivencia, les enseñó a conocer muchas plantas y a diferenciar entre las venenosas de las que no lo son, también a conocer las huellas de un animal, o los cantos de diferentes pájaros... Verdaderamente, era un buen monitor. Las chicas del grupo cada vez se sentían más enamoradas de él, y con los chicos tenía una verdadera relación de camaradería. Marcos se llevaba estupendamente con todos sus “alumnos”. Bueno, con todos menos con Elena, que siempre estaba al acecho. A veces intentaba mostrar indiferencia ante él, y otras veces discutía con rebeldía sus instrucciones. El monitor, con mucha paciencia, le trataba como a los demás, aunque en varias ocasiones Elena se dio cuenta de que la miraba con un aire pensativo.

CAPÍTULO 4.

La primera semana pasó muy deprisa, y llegó el domingo por la tarde, en el que cada uno podía hacer lo que quisiera. La única advertencia que tenían era la de no alejarse del campamento. Así que cuando terminaron de comer, el cuarteto se fue a los dormitorios para planear cómo iban a pasar la tarde. En realidad Elena lo tenía muy claro: iba a explorar la montaña que tanto le atraía y de la que había sentido la llamada varias veces durante toda la semana. Cuando se lo dijo a sus compañeras, éstas le dijeron:

—Ya sabes que no debemos alejarnos del campamento. — dijo una.

—La montaña es enorme y debe ser muy fácil perderse. — habló otra.

—Es mejor que planeemos algo juntas para la tarde. — sugirió la tercera.

—Vosotras haced lo que queráis, pero yo me voy, que quiero echar un vistazo. No me iré demasiado lejos, no os preocupéis. — insistió Elena.

—No seas loca. Hay montones de personas que se pierden en montañas así, y tú no la conoces — le dijo de nuevo su compañera.

—No insistáis. Voy a ir y no hay más que hablar. Ya os he dicho que no me alejaré. Estaré aquí dentro de un rato.

Como vieron que no podían convencerla, la dejaron ir, pero corrieron a buscar a Marcos para contárselo. Por supuesto las chicas no buscaban acusarla, sino pedir ayuda por miedo a que le ocurriera algo a su amiga. Éste las escuchó y, después, hizo involuntariamente un chasquido con la lengua mostrando así una mezcla de enfado y fastidio. Les preguntó hacia dónde había ido y ellas le indicaron. De esa manera, Marcos fue en busca de su rebelde alumna.

Mientras tanto Elena se estaba dirigiendo hacia la montaña. Dejó el camino y decidió atravesar el bosque. Pensó: “para volver al campamento sólo tengo que bajar. No tiene pérdida”, y se puso a subir muy animada. Poco después llegó Marcos y se dio cuenta que estaba pisada la hierba al lado del camino en dirección hacia el bosque. El joven hizo un suspiro y meneó la cabeza diciéndose: “será mejor que me dé prisa en encontrarla o tendremos problemas”. Se dispuso a seguirla y, al mismo tiempo, comenzó a llamarla rogando interiormente para que ella le contestara. De hecho, no andaba muy lejos y Elena pudo oírle en el silencio del bosque, y reconoció su voz. De nuevo le dio un vuelco el corazón, pero no sabía si contestarle o no. Se quedó parada y siguió escuchando. La voz de él se iba acercando poco a poco, y finalmente ella gritó:

—¡Estoy aquí!

Cuando Marcos apareció, la joven no sabía qué decir porque estaba realmente nerviosa. Fue él quien comenzó diciendo:

—Eres una chiquilla mal criada y egoísta. No te das cuenta de que lo que haga cada persona del campamento influye sobre los demás. Y si desobedeces las normas, puedes poner tu vida en peligro y también perjudicas a otros.

Entonces, de nuevo habló el orgullo en Elena:

—No sé por qué has tenido que venir. Yo sé bien lo que hago y no soy una niña a la que tengas que cuidar. Vete por dónde has venido y déjame en paz.

—No puedo dejarte porque estás bajo mi responsabilidad, —contestó él — y tienes todas las posibilidades de perderte si sigues por aquí. El primer error que has cometido ha sido alejarte del campamento, el segundo desviarte del camino y el tercero y más importante es el creerte infalible en un lugar que ni siquiera conoces.

Ella se quedó callada unos momentos y después dijo:

—No puedes obligarme a bajar ahora.

—Sí puedo. — contestó él.

De nuevo, silencio. Elena se daba cuenta de que él llevaba razón. Pero, ¡quería tanto subir, aunque fuera un poco más arriba! Así que en un tono mucho más humilde le dijo:

—Escucha, ¿por qué no me dejas subir un poco más? Te prometo que no me alejaré demasiado y tendré mucho cuidado.

Esta vez fue él quien se quedó pensando antes de preguntar:

—¿Por qué tienes tanto empeño en subir?

—No lo sé. No sé por qué, sólo sé que quiero subir. ¡Por favor!

El la miró queriendo escudriñar sus pensamientos, y por fin aceptó:

—Está bien. Pero yo iré contigo.

—Conforme.— contestó ella.

Y comenzaron a subir a través del bosque. Marcos llevaba trabajando en el campamento sólo dos veranos, y aunque conocía todos los senderos, había muchas zonas de la montaña que no había tenido la oportunidad de explorar. Esto le hacía caminar con muchísima atención, observando cada detalle de por dónde caminaban. Al principio, los dos iban en silencio, pero poco a poco ella comenzó a manifestar su admiración por los bellísimos parajes que atravesaban para, finalmente y sin darse cuenta, terminar comentando la extraña sensación que le producía aquella montaña. Él la escuchaba atentamente mientras dejaba algunas marcas para reconocer el camino de vuelta. De pronto vieron cómo más arriba se estaba levantando una especie de neblina. Marcos dijo que debían volver pues si la niebla los cogía sería mucho más difícil encontrar el camino de vuelta. Elena se paró y después dijo:

—Espera un momento, voy a ver un poco más adelante.

Antes de que Marcos pudiera pararla, ella siguió avanzando muy deprisa. Él la siguió diciéndole “que se volviera y que no fuera loca”. Cuando por fin ella paró, era demasiado tarde, porque la niebla avanzaba muy deprisa. Marcos la cogió de la mano y tiró de ella para bajar corriendo, pero la niebla los alcanzó y terminó envolviéndolos, siendo ésta cada vez más espesa.

El joven, intentando mantener la calma, se dirigió cuesta abajo tirando de la muchacha. Siguieron andando prácticamente a ciegas, durante un rato más. Elena empezó a sentir algo de miedo y apretaba la mano de su monitor; él le contestó con el mismo gesto y siguió caminando.

CAPÍTULO 5.

De pronto, sintieron como si todo su cuerpo temblara durante una milésima de segundo, pero siguieron marchando. Poco a poco empezaron a ver algo de luz más adelante y siguieron caminando hacia ella, sintiéndose aliviados. Y por fin salieron de la niebla.

Pero el lugar que se les presentaba era algo diferente de los que habían atravesado cuando subían la montaña. Seguía habiendo bosque, pero el color de la atmósfera era distinto, tenía un cierto matiz azulado y el color de la vegetación era más vivo. Se quedaron parados, y Marcos, mirando a su alrededor, comentó:

—Por aquí no hemos pasado antes. ¿Qué lugar será este, tan extraño?

No hubo terminado la frase cuando se oyó una voz infantil:

— ¡Hola! Vosotros venís de abajo, ¿verdad?

Buscaron con la mirada para ver de dónde provenía esa voz, cuando repentinamente vieron cómo de un árbol salía una especie de humo que se plantó delante de ellos y que fue densificándose hasta tomar el aspecto de un niño de unos 7 años que no medía más de 10 cm. Los dos jóvenes se quedaron estupefactos. Por fin, Elena le preguntó:

—¿Y tú, quién eres?

La criatura sonrió, y acto seguido aparecieron otros dos niños muy parecidos a él, y después una joven que medía unos 12 cm. Ésta dijo:

—Nosotros somos los espíritus de los árboles, arbustos y otras plantas pequeñas que veis por aquí. Algunos viven también en las rocas. Normalmente, en vuestro mundo no podéis vernos, pero al parecer, habéis traspasado el umbral entre vuestro mundo y el nuestro.

—No entiendo, ¿qué mundo es éste?— preguntó Marcos.

—Ésta es una región superior a la que vosotros habitáis.—continuó la joven— Los dos mundos existen en el mismo espacio pero vibran de manera diferente y, por eso, no se mezclan, salvo raras excepciones en las que se abre una puerta y alguien de vuestro mundo entra accidentalmente en el nuestro.

Elena y Marcos no salían de su asombro, cuando un ruiseñor que se había acercado al grupo, habló:

— Hacía mucho tiempo que no veía humanos del mundo inferior por aquí.

— ¿Cómo es posible todo esto?— exclamó Elena— ¡Podemos entender a un pájaro lo que nos dice y vemos duendecillos!— y mirando a Marcos, dijo: —¿Acaso estamos soñando?

— No sé,— respondió Marcos— pero en ese caso estamos soñando lo mismo.

Otras criaturas de diferentes aspectos y edades se fueron acercando, y también otras aves y otros animales pequeños. Una de ellas, con aspecto de anciano venerable, les dijo:

— Es normal que estéis extrañados de todo lo que veis y oís. Les pasa a todos los que vienen de manera accidental. Pero ¡venid con nosotros y os enseñaremos más cosas para que podáis adaptaros pronto a vivir aquí!

— Me gustaría mucho conocer más cosas de este mundo, como vosotros decís, — dijo Marcos— pero ¿qué quieres decir con adaptarnos para vivir aquí?

— Aquéllos que entran accidentalmente es muy difícil que vuelvan a su mundo. Los que lo hacen a propósito, es diferente, porque pueden regresar de la misma forma en que vinieron — respondió el anciano.

Marcos y Elena se quedaron callados. Realmente no sabían qué decir. Estaban demasiado confundidos.

Mientras, todas las pequeñas criaturas, los animales y las aves comenzaron a charlar entre ellas a propósito de los recién llegados. El anciano pidió un poco de orden y continuó hablando:

— Los habitantes de este mundo son por excelencia seres inocentes, pero de grandes poderes. Por ejemplo, las plantas que vosotros utilizáis en vuestro mundo para curar, tienen ese poder, porque nosotros se lo damos. Y podemos entender el lenguaje de todas las criaturas, porque éste es un mundo menos denso y menos materialista que el vuestro.

— ¿Existen humanos como nosotros en este mundo?— preguntó Elena.

— Sí, ellos tienen vuestra apariencia, pero actúan de otra forma. Bueno, no os preocupéis, ya pronto vais a conocer algunos. — contestó el anciano.

A continuación pidió a un halcón que también se había acercado, que guiara a los extranjeros hacia el pueblo. Luego dijo unas palabras de ánimo a los muchachos y después se despidió de ellos.

CAPÍTULO 6.

Cada uno se marchó por su lado, y los dos jóvenes, sin decir palabra, siguieron al halcón. Mientras caminaban, cada uno iba pensando en la situación tan extraña que estaban viviendo. Elena se sentía algo culpable y no se atrevía a decir nada. Marcos iba observando todo para no perder detalle y de vez en cuando se pellizcaba para comprobar que no estaba soñando.

Después de caminar durante media hora divisaron a lo lejos un pueblo. Dieron las gracias al halcón y continuaron ellos solos. A la entrada del pueblo había un hombre de unos 40 años que los saludó diciendo:

— Sed bienvenidos. Os estaba esperando.

— Gracias, —contestó Marcos— pero ¿cómo sabías que íbamos a venir?

— Todo a su tiempo.— dijo el hombre —Tened paciencia y pronto iréis comprendiendo... Podéis llamarme Botan. Ahora seguidme y os enseñaré algunas cosas.

Y dicho esto, se puso a andar entrando en el pueblo. Marcos y Elena se miraron y él dijo:

— Sigámosle y veamos, pero no te apartes de mí.

Entraron en el pueblo detrás de Botan y, conforme andaban, se dieron cuenta de que el pueblo era bastante distinto de los que estaban acostumbrados a ver. Los habitantes utilizaban ropas muy parecidas a las de los antiguos griegos y las casas eran todas de una sola planta, muy espaciosas, sin puertas, solo una especie de cortinas hechas de un material extraño, con grandes ventanales y cada una diferente de las demás. Los habitantes les saludaban con un gesto de la mano o de la cabeza y con una sonrisa. Se respiraba armonía en todo aquel ambiente.

Botan entró en una de las casas y los dos jóvenes le siguieron. Dentro de la casa había mucha luz natural. Allí vieron una gran mesa baja, parecida a las utilizadas en Japón y varios cojines para sentarse. Botan tomó asiento y les indicó a ellos que también lo hicieran.

— Y ahora, si queréis, podemos hablar. — dijo Botan.

— Mi nombre es Marcos y el de mi compañera es Elena.

— Lo sé. Y también sé cómo habéis llegado hasta aquí.— contestó Botan.

Elena a pesar de que realmente estaba asombrada por todo, no pudo evitar una cierta irritación y dijo de una forma algo violenta:

— Bueno señor, ¿y cómo es que usted sabe tantas cosas?

— Eres una muchacha con muchas cualidades y posibilidades, —le respondió Botan sonriéndole —pero tu orgullo a veces te pierde y te impide avanzar en tu camino.

Elena presintió que lo que le decía ese desconocido no se refería solamente a ese momento, sino también a su pasado y que sería definitivo para su futuro. Ella calló y dejó que Botan siguiera hablando.

— Habéis conocido a los habitantes de este mundo: animales, criaturas elementales de las plantas, humanos... Los espíritus de las plantas os han explicado un poco cómo vuestro mundo y el suyo conviven al mismo tiempo en el mismo espacio

Marcos, que estaba muy atento a todo lo que decía Botan, dijo:

— ¿Qué quieres decir con nuestro mundo y el de ellos? ¿A qué mundo perteneces tú?

— Vengo de otro mundo diferente.— contestó Botan.

— ¿De otro?, ¿superior o inferior a éste?, ¿cuántos mundos existen?— preguntó Marcos.

— Ahora no importa si el mundo del que vengo es superior o inferior a éste. Tampoco importa en este momento cuántos mundos existen.

— ¿Acaso, —preguntó irónicamente Elena— nuestro mundo es el más inferior de todos?

— No. —respondió Botan — Existe un mundo inferior al vuestro en el que sólo existe sufrimiento y nadie se interesa por nadie. Pero ahora eso no es lo que más nos interesa. Yo estoy aquí porque quiero ayudaros. Siempre que alguien entra accidentalmente en este mundo, se le da la oportunidad de poder regresar.

— Los habitantes del bosque nos dijeron que eso era algo muy difícil. — dijo Marcos.

— Es cierto que pocos lo han conseguido, —aclaró Botan— pero ellos dejan la evidencia de que es posible. En todo caso, no debéis limitaros y pensar que es imposible. Si es que realmente queréis regresar.

— Nosotros lo conseguiremos. — afirmó Elena, mirando a Marcos.

Marcos la miró pero no dijo nada. Ella insistió:

— ¿No, Marcos?

— Sí, Elena, sí.— contestó el joven —Sólo pensaba que ya que estamos aquí me gustaría ver lo más posible de este mundo. Ésta es una oportunidad extraordinaria. Pero por supuesto, yo también quiero regresar.

Botan les aclaró que tendrían ocasión de conocer muchas cosas porque el regreso no era algo fácil, y ellos necesitaban prepararse para poder hacerlo.

Después les preguntó si tenían hambre y como ellos contestaron que un poco, llamó a una mujer que se encontraba en el interior y le dijo que si podía traerles algo de comer. Así, al cabo de unos

momentos, les trajo algunos platos entre los que se encontraban verduras, cereales, y un pastel de frutas. Todo les pareció delicioso y, en realidad, se sintieron muy a gusto en aquel lugar.

CAPÍTULO 7.

Empezó a anochecer, y Botan les dijo que podían quedarse a dormir allí. La mujer les condujo a un par de habitaciones que había en el fondo de la casa. Antes de retirarse, Marcos aprovechó para preguntar algunas cosas más a la mujer y ésta les contó que ella y su marido vivían en esa casa y que Botan era un habitante de un mundo superior que podía viajar por los distintos mundos según fuera su misión, siempre ayudando a otros. A ellos los había ayudado en varias ocasiones y lo consideraban su Maestro. Todas estas cosas dejaron gratamente impresionados a los dos jóvenes, que después de darse las buenas noches, se retiraron cada uno al cuarto que les habían asignado.

Los dormitorios consistían en unas sencillas habitaciones donde había una especie de alfombra muy tupida y una especie de colchón como de lana, depositado sobre ella. Había también una mesa baja como la que habían visto antes, pero mucho más pequeña. Elena se tumbó en el colchón y se disponía a pensar sobre todo lo ocurrido, pero un sueño profundo se adueñó de ella. Y a Marcos le ocurrió lo mismo.

A la mañana siguiente, Elena se despertó y miró la habitación. “¡Así que no fue un sueño!”, pensó. Se incorporó y siguió pensando: “¿cómo es posible todo esto? Jamás en mi vida me hubiera imaginado que pudiera ocurrirme algo así. Esto parece más la fantasía de algún escritor, que la realidad. ¡Y, sin embargo, es real! Había oído hablar de la cuarta dimensión, incluso he visto películas, pero no era así como la mostraban. ¡Ahora que caigo, ese sentimiento tan extraño que me producía la montaña quizás era debido a esto!”.

De pronto, mientras se llevaba la mano a la cabeza y se mordía el labio inferior, exclamó en voz alta:

— ¡Marcos! ¡Por mi culpa él también está metido en este lío!— y lamentándose, continuó — ¡Quién me mandaría ser tan curiosa! ¡Si le hubiera hecho caso! ¡Y si le hubiera hecho caso a las chicas!... ¡Oh no, el campamento!, ¿qué habrán dicho? ¡Seguramente estarán buscándonos por todos lados! ¡Ohhh!

Todas estas cosas le venían atropelladamente a la cabeza y le iban haciendo sentirse a cada momento más culpable, necia y finalmente agobiada. En un intento de aliviar su desesperación se levantó y se dirigió hacia uno de los ventanales y empezó a observar el exterior. Los habitantes del pueblo marchaban tranquilamente por la calle, nadie iba con prisas. Elena se dio cuenta en ese momento de que no había visto ni un sólo coche, ni motos, ni siquiera bicicletas. El suelo no estaba asfaltado, sino que estaba hecho de pequeñas piedras. Conforme veía todo, se fue calmando y animando.

— ¡En fin!, como dice Marcos, ésta es una experiencia que no todo el mundo podría contar. Habrá que ver cómo podemos volver, aunque aquí no se esté tan mal. En todo caso no sirve de nada que me preocupe.

Desde fuera de su habitación le habló la señora de la casa:

— ¡Buenos días!, ¿puedo entrar?

Elena le contestó que sí. La buena mujer le traía ropa limpia para que pudiera cambiarse y le indicó dónde podría asearse. También le dijo que Botan y Marcos estaban afuera, en la sala donde se habían reunido el día anterior, y que la esperaban para desayunar. La muchacha no se hizo de rogar y se dio prisa en arreglarse.

CAPÍTULO 8.

Cuando entró en la sala, efectivamente estaban allí Marcos, Botan, y otro hombre que resultó ser el dueño de la casa. Todos la miraron y le dieron los buenos días, preguntándole si había pasado

bien la noche a lo que ella asintió dando las gracias. Marcos la miraba sonriente y complacido. A él también le habían dado ropa para cambiarse.

La mesa estaba puesta para ella y para su compañero, y en seguida entró la mujer para acompañarles. Mientras comían, Elena pidió disculpas y dijo no recordar el nombre de la pareja dueña de la casa. La mujer contestó:

— Mi nombre es Natasha y el de él es Gostav. Pero nosotros no somos los dueños de esta casa. Solamente vivimos en ella.

— Aquí – continuó explicando Botan— nadie se considera dueño de nada porque no existe lo mío y lo tuyo. Todo es de todos en general y de nadie en particular. Cada uno coge lo que necesita y eso es todo.

— ¿Pero no hay abusos o alguien que quiera más que los demás?— inquirió Marcos.

— Eso no puede ocurrir porque en este mundo no existe el egoísmo.— replicó Botan.

— Entonces, —observó Elena— no deben existir tampoco pobres ni ricos.

— Así es. — afirmó Botan.

Fascinada la joven empezó a deducir:

— Y seguramente tampoco personas que se mueran de hambre. Ni guerras a causa de intereses económicos...

— Ni peleas entre los miembros de una familia por una herencia, ni entre los vecinos....— interrumpió Marcos.

— Exacto— asintió Botan.

Natasha y Gostav les miraban sonrientes.

— ¡Esto es algo maravilloso!—exclamó Elena.

— ¡E impensable en nuestro mundo!— reflexionó Marcos.

Elena suspiró y dijo:—contadnos más cosas.—y después de pensar por unos segundos comentó — No he visto ningún vehículo en el pueblo. ¿Cómo viajáis? ¿Montáis a caballo o utilizáis medios que no conocemos?

— Bueno,— respondió esta vez Gostav— nosotros no necesitamos ningún medio de transporte. Nosotros nos valemos por nosotros mismos.

— ¿Quiere decir que viajan a todos sitios a pie?— preguntó Marcos.

— Claro que no.— aclaró Botan— Es necesario que sepáis que en este mundo la ley de la gravedad es muy débil, y cualquiera que se lo proponga puede flotar en el aire y, por supuesto, ir volando a dónde quiera.

Elena y Marcos se quedaron de nuevo estupefactos.

— ¿Es algo así como en la luna?—preguntó tímidamente Elena.

— Incluso mucho menos.— respondió Botan— En realidad, tiene la fuerza que vuestras mentes le den.— Se paró un momento para que los chicos asimilaran la información y luego continuó:— Hay algunos habitantes de vuestro mundo que saben entrar y salir fácilmente en éste, y ante los ojos de los demás pueden hacerse invisibles o flotar en el aire. Sólo aquellos que presencian estos fenómenos pueden creerlo, los demás piensan que son fantasías o trucos de magia. Es cierto que también hay personajes que utilizan estos trucos pero éstos no tienen nada que ver con los primeros.

— ¿Quiere decir que cualquiera de ustedes puede volar, si quiere?— preguntó Elena.

— Y tú también, si te lo propones. Y Marcos también, si se lo propone.— enfatizó Botan.

Los dos jóvenes se quedaron callados durante un momento, al cabo del cual Elena insistió:

— ¿Podrían hacernos una demostración?

— Por supuesto.— contestó Botan— Pero antes terminad de desayunar y después vamos a ir a otro lado más abierto para que podáis empezar vuestro aprendizaje. Estaré afuera, pero no tengáis prisa. Sé que en vuestro mundo la prisa es algo corriente pero aquí no sirve para nada.

Y dicho esto salió con Gostav y Natasha.

CAPÍTULO 9.

Elena y Marcos se quedaron terminando de desayunar mientras intentaban también asimilar todas las cosas maravillosas que acababan de escuchar.

— Todo esto es verdaderamente increíble.— dijo Elena.

— Sí.—contestó Marcos.

— ¡Este mundo es...es...es como el paraíso! ¡Tan lleno de paz! ¡Uno se siente aquí tan bien! Bien consigo mismo y con los demás. Es como si esa armonía entrara por nuestra nariz cuando cogemos aire y luego se extendiera por dentro de nosotros.

Marcos la miraba con ese aire divertido con el que la miró la primera vez y le dijo:

— Desde luego parece que al menos a ti te ha apaciguado, porque llevamos ya bastantes horas sin que te enfades por cualquier cosa.

No fue muy acertado Marcos en decir esto porque ella en vez de sentirse halagada, su orgullo de nuevo le hizo pensar que se burlaba de ella. Y este pensamiento aumentó cuando él remató la faena:

— ¿Sabes que no estás nada mal con esa ropa? Pareces una princesa griega.

— ¡Y tú el minotauro, idiota! – le respondió la chica, irritada.

Marcos se echó a reír y le dijo:

— ¡Mira que eres picajosa! Te aseguro que te lo he dicho sinceramente con el mejor ánimo, ¿por qué te empeñas en ver malas intenciones donde no las hay?

— Perdona,— se excusó arrepentida— tal vez tengas razón. Por favor no me hagas caso. Y tampoco por lo del minotauro.

Marcos sonrió y sugirió que si ya habían terminado podían recoger todo e ir en busca de Botan. Y así hicieron.

CAPÍTULO 10.

Éste se encontraba en la calle hablando con algunos de los habitantes del pueblo. En cuanto los vio, les hizo señas para que se acercaran, y luego les dijo:

—Venid conmigo. Vamos a salir del pueblo.

Fueron caminando, y de nuevo las personas que se encontraban por el camino les saludaban con algún gesto. Esto le hacía gracia a Elena, que comentó:

— Menos mal que esto no es una gran capital porque ¡si hubiera que saludar a miles de personas al día...!

Botan sonrió y le informó que “en ese mundo no existían las enormes ciudades que había en su mundo. Las gentes de allí vivían en contacto con la naturaleza y en pequeñas aldeas”.

Por fin llegaron a un llano donde se pararon. Botan se dirigió primeramente a Elena:

— Bueno, ahora, ¡da un salto y flota!

Ella se quedó parada. Se sentía como si le acabasen de poner un examen después de ni siquiera abrir un libro, así que intentó darse tiempo y escurrir el bulto:

— ¿Yo? ¿Y por qué no Marcos? De hecho, yo esperaba que fuera usted el que nos hiciera la demostración.—

Botan la miró con aire reflexivo durante unos segundos, y seguidamente puso sus miras en Marcos y le repitió las mismas palabras.

Marcos también se quedó parado un momento mientras miraba a Botan y, poco a poco, se fue dibujando una sonrisa en su rostro.

Y entonces, saltó....Se quedó suspendido unos momentos en el aire y bajó lentamente como si fuera una pluma. Su joven compañera se quedó asombrada, pero no emitió palabra alguna. Él lo intentó de nuevo y se mantuvo más tiempo en el aire, para bajar aún más lentamente. Exclamó:

— ¡Esto es fantástico!

Y continuó saltando, y flotando...y cada vez lograba mantenerse más tiempo. Botan sonreía al verlo tan entusiasmado, y Elena no sabía qué hacer. Estaba muy confundida. Marcos se acercó a ella y la invitó a saltar con él. Pero ella tenía miedo de no conseguirlo, y de nuevo el orgullo habló en ella:

— No me apetece ahora, quizás dentro de un rato.

— ¡Pero Elena!,— insistió Marcos— ¿cómo puedes decir eso? ¡Salta y verás que es la sensación más extraordinaria que has sentido nunca!

— ¡Ya te he dicho que no quiero!— le gritó ella— ¡Déjame en paz!

Él la miró extrañado y Botan le dijo:

— ¡Hazle caso y déjala! Ella es libre de hacer lo que quiera. Y ahora,— continuó— vamos a desplazarnos en el aire. Sígueme, y tú, Elena, si no quieres venir con nosotros, puedes esperar aquí.

Dicho esto, dio un impulso y se puso a volar. Marcos miró a Elena con un gesto suplicante.

— ¿A qué esperas?, vete. — fueron las palabras de ella.

— Está bien, como quieras. — contestó resignado.

Y tomando un impulso empezó a volar y se puso a seguir a Botan.

CAPÍTULO 11.

Elena se quedó sola. Tenía ganas de llorar y pensaba: “Soy tonta. Siempre me ocurre lo mismo, y todo por culpa de este estúpido orgullo.... Marcos es diferente. Él no es como yo. Es valiente..., paciente..., honesto..., es... sencillo. No es rencoroso y es muy generoso. Realmente se merece lo mejor.”.

Mientras se decía esto, veía a lo lejos a Marcos y a Botan haciendo verdaderas peripecias en el aire. Aquello le hizo reír, y sintiéndose más relajada, decidió probar. Dio un salto y se mantuvo un segundo en el aire, pero se sintió emocionada y cayó. Esto no la desanimó, sino más bien lo contrario. Entonces, como había hecho anteriormente su compañero, se puso a dar saltos y a flotar, aguantando cada vez más en alto. Le empezó a entrar risa y siguió intentando desplazarse horizontalmente, es decir, empezó a volar. Marcos y Botan, que la habían visto desde lejos, se acercaron a ella, y el joven le dijo:

— ¡Elena!, ven con nosotros. Botan va a enseñarnos más cosas.

— Bueno.— asintió ella.

Y fueron a reunirse con Botan. Los tres se dirigieron hacia el bosque, y allí vieron de nuevo a más criaturas como las que habían visto el día anterior. Botan les iba enumerando algunas de las facultades curativas que tenían muchos de ellos. Se dirigieron hacia un pequeño arrollo y también pudieron ver las pequeñas ondinas: hadas que vivían en el agua.

También se encontraron con una manada de caballos y pudieron conversar con algunos de ellos....Todo el recorrido les pareció bellissimo, y se sentían muy complacidos. Por fin se pararon a descansar y Botan aprovechó para comentarles algo acerca de su regreso.

— Bien, ya habéis visto muchas cosas de este mundo. Cosas que de alguna manera os han alimentado el ánimo. Ahora quiero preguntaros algo: ¿todavía queréis volver a vuestro mundo?

— Todo lo que hemos presenciado es...magnífico. — dijo Marcos — Éste es un mundo ideal. Pero mi mundo es otro. He nacido allí y creo que debo vivir allí. Si estoy aquí es sólo por un accidente. Yo sí quiero volver.

Elena asintió con la cabeza y declaró opinar lo mismo que Marcos.

— En ese caso, —prosiguió Botan— es hora de que sepáis la manera de hacerlo. Venid conmigo.

Y los condujo hasta un camino que comenzaba detrás de unos arbustos y que continuaba a través del bosque.

— Éste es el camino que conduce a vuestro mundo.

Los dos aprendices se miraron y Marcos preguntó:

— ¿Y eso es todo? ¿Así de fácil? ¿Dónde está la dificultad de la que nos hablaban?

— A lo largo de este camino — explicó Botan— hay una serie de dificultades, peligros ante los que cualquier humano de vuestro mundo se asustaría fácilmente. En realidad, ese miedo es el verdadero obstáculo que impide continuar hasta el final y poder llegar victoriosos hasta la meta: vuestro mundo. Tenéis que aprender que todo está en vuestra mente. Si os concentráis en vuestro interior y no os dejáis distraer, ni influir por nada de lo que os rodee, podréis dominar vuestro miedo y lograréis lo que

anheláis. Esto parece muy fácil, pero comprobaréis que no es así. Al menos, no para todo el mundo. Haremos un ensayo y podréis ver qué grado de concentración tenéis. Pero antes, creo conveniente que descanséis y comáis algo para renovar fuerzas.

Y se fueron hacia el pueblo.

CAPÍTULO 12.

Los dos jóvenes comieron con Natasha y con Gostav. Botan no estuvo en la comida pero quedó de acuerdo con ellos para recogerlos más tarde. Cuando terminaron y ayudaron a recoger todo, Marcos propuso a Elena que dieran un pequeño paseo mientras venía Botan.

Ella aceptó y decidieron explorar un poco más el pueblo. Cuando salían se toparon con Botan que les dijo:

— ¡Ah, ya estáis aquí! Venid conmigo.

Y entonces los llevó de nuevo a las afueras del pueblo, hasta una pequeña cabaña que había en medio de ninguna parte. Botan entró en la casa y detrás entraron ellos. Había una pequeña sala y al fondo una puerta. Botan comenzó a explicarles:

— Vamos a hacer una prueba para ver si estáis preparados para recorrer el camino que conduce a vuestro mundo. Es mejor ver ese grado de preparación individualmente, así que vamos a empezar con uno y después irá el otro.

Los jóvenes no se esperaban esa prueba tan rápido y casi no les dio tiempo para reaccionar, cuando Botan preguntó primero a Elena si quería ser la primera. Y ella respondió por segunda vez en el día “que no, que primero Marcos”. Pero nada más decir esto, se arrepintió de haberlo hecho. Sin embargo no le dio tiempo a corregir porque Botan intervino:

— Bien, en ese caso puedes esperar en la habitación que hay al lado, mientras yo estoy con Marcos.

La muchacha miró a Marcos queriendo decirle que lo sentía pero no consiguió articular ninguna palabra, y entró en la habitación. Botan le pidió que guardara el máximo silencio para no molestar a Marcos, y luego le cerró la puerta.

Elena se quedó sola dentro y empezó a pensar nuevamente: “¡Qué egoísta y cobarde he sido! Ni siquiera le he preguntado a Marcos si él quería hacer la prueba primero. Aunque estoy segura de que él va a hacerlo muy bien”.

Animándose un poco con este último pensamiento, empezó a observar la habitación. La verdad es que no tenía ningún mueble. Tampoco tenía ventanas. Sólo había una inscripción que decía: “El miedo es tu enemigo. Véncelo y serás libre”. Estaba intentando reflexionar sobre esto cuando de pronto se quedó a oscuras. Ella se quedó parada. Normalmente, si esto le hubiera ocurrido en su casa no habría sentido ningún temor, pero en aquel lugar extraño... En todo caso, se sentía un tanto incómoda. Pero Botan le dijo que no los molestara, y por tan poca cosa no quería interrumpirlos. En seguida empezó a oler como a leña quemada. Y al poco, ella comenzó a sentir algo de calor. Éste se hizo cada vez más fuerte mientras oía un crepitar extraño. A Elena le vino un pensamiento: “la casa estaba ardiendo”. Entonces intentó dirigirse a ciegas hacia la puerta para abrirla, pero no la encontraba. Empezó a tantear la pared, pero nada. Sentía que el calor le aumentaba y entonces le entró una angustia terrible. Convencida ya totalmente del fuego, empezó a pedir auxilio. Como no venía nadie, siguió gritando mientras lloraba presa del pánico. Por fin, vino la luz y no vio ni humo ni fuego. Dejó de gritar, y se enjugó las lágrimas con la mano. A los pocos segundos, se abrió la puerta y apareció Botan, que le dijo:

— La prueba ha terminado.

CAPÍTULO 13.

Elena miró fuera de la habitación y vio que todo estaba bien. Sólo habían encendido la chimenea. Todo había sido producto de su imaginación y de su miedo. Lo que la muchacha sintió en

esos momentos, es difícil de explicar, pero podría decirse que jamás se había sentido tan frustrada. Le inundó el desánimo por completo. Marcos le comentó que habían estado fuera de la cabaña dando un paseo.

A continuación entró Marcos en la habitación y Elena salió de la cabaña. Ella prefería estar sola porque tenía verdaderas ganas de llorar y no quería hacerlo delante de Botan. Ella quería volver a su mundo, pero se daba cuenta que no estaba preparada para poder hacerlo. Intentó dejar de pensar para no ponerse a llorar. Botan le preguntó qué tal le había ido y la muchacha contestó que prefería no hablar de ello. Pensó: “bueno, al menos parece que ellos no se han enterado de mi fracaso”, y se puso a escuchar a Botan mientras hablaba con un vecino de la aldea que pasaba por allí.

Al poco, Botan entró para abrirle la puerta a Marcos. Estuvieron un rato dentro hablando mientras Elena esperaba afuera. Cuando Marcos salió, ella le miró impaciente queriendo saber si a él le había ido mejor y quería deducirlo por su cara. Él la miró y le sonrió. A ella se le hizo un nudo en la garganta. Él sí lo había conseguido. Pero eso quería decir que su compañero podría irse mientras que ella tendría que quedarse. Se alegraba por él. Pero ella también quería irse.

Elena se sentía realmente triste y abatida, pero no quería que los demás se dieran cuenta, así que se forzó a parecer alegre.

Botan les dijo que lo que habían pasado eran meros ensayos cuyo único fin era mostrarles a ellos mismos sus capacidades. No eran algo definitivo. El camino hacia su mundo podían cogerlo cuando ellos quisieran. Cuando se vieran preparados. Para ayudarse en su preparación iba a enseñarles algunas técnicas para concentrarse. Sin embargo, Botan pensó que les iría bien que los dejara el resto de la tarde tranquilos, así que quedó con ellos para el día siguiente, y se fue volando.

CAPÍTULO 14.

Elena y Marcos se quedaron allí. Ella suspiró y él dijo:

— ¡Vaya día! Ha sido intenso, ¿eh?

La muchacha ya no pudo aguantar más y se echó a llorar. Marcos la miró sorprendido y le preguntó:

— Elena, ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras?

Ella, en vez de contestar, siguió llorando con más fuerza. Él insistió:

— Dime que te pasa, por favor.

Ella intentaba hablarle pero más ganas de llorar le daban. Inquieto, su compañero intentó ayudarla a hablar, queriendo bromear:

— Ya sé. Lloras porque te da pena irte de aquí, ¿eh?

Por fin Elena consiguió hablar entre sollozos:

— Yo...nunca... me iré... de aquí.

Marcos se quedó callado un momento y luego le dijo:

— No digas eso, Elena. Claro que te irás. Nos iremos los dos. Muy pronto, ya verás.

— Tú sí te irás —contestó ella —porque tú sí eres capaz, estoy segura. Pero yo no. La prueba que he hecho ha sido un total fracaso: me he puesto histérica. Yo sólo soy una tonta orgullosa y cobarde. Y egoísta. Tú mismo me lo dijiste un día y llevabas razón. No estoy preparada y nunca lo estaré.— y continuó llorando desesperada.

Él la miraba muy serio y exclamó con cierta intensidad:

— ¡Elena!

La joven dio a entender el origen de su pena mientras las lágrimas le corrían por toda la cara:

— ¡Tú te irás... y yo... me quedaré...sola!

Marcos la cogió por los hombros y comenzó a hablarle muy serio pero muy dulcemente:

— Elena, yo me iré de aquí contigo o si no, no me iré.

Ella sonrió un poco y le respondió:

— Eres muy amable, de verdad. Pero no tienes que hacer ese sacrificio por mí.

— No es un sacrificio.— contestó Marcos —Simplemente no me iré sin ti a ninguna parte.

Ella suspiró y aún con lágrimas en los ojos le dijo:

— Aquí no tienes que sentirte responsable de mí. Eso era en el campamento. Y en otro mundo.

— No es por eso.— le aclaró él, sonriendo.

La muchacha no entendía la testarudez de su compañero:

— ¿Entonces, por qué?

Marcos se puso de nuevo serio y mirándola intensamente le dijo:

— Porque... yo... te quiero.

Ella abrió los ojos asombrada. Eso sí que no se lo esperaba. Atónita murmuró:

— ¿Que tú me quieres?

— Sí, te quiero Elena— afirmó el joven —Te quiero desde la primera vez que te vi, cuando chocamos, ¿te acuerdas?

Elena asintió, y luego le preguntó:

— ¿Pero cómo es posible? Si yo siempre he sido muy antipática contigo. Siempre te he tratado horriblemente. Continuamente te he criticado e incluso te he insultado en más de una ocasión.

— Tengo que reconocer, – bromeó Marcos— que he tenido que tener mucha paciencia contigo. Pero yo sé que no eres tan mala como piensas. En el fondo eres una buena chica.

Durante unos segundos, la joven se quedó bloqueada sin saber qué hacer. Pero en seguida se abrazó fuertemente a él y le confesó:

— ¡Marcos, yo también te quiero!

— ¡Elena!, ¡vida mía! —respondió él rodeándole con sus brazos.

Y así permanecieron en silencio durante un momento que les pareció el más feliz de su vida, al cabo del cual, Marcos le dijo a ella, acariciando su cabello:

— Elena, vamos a conseguirlo juntos.

Y separándola un poco de sí y cogiéndola de nuevo por los hombros le explicó:

— Escúchame bien. Este amor que sentimos, es el que nos va a dar la fuerza necesaria para luchar y vencer. Él nos ayudará a triunfar. Trabajaremos juntos y lo lograremos. ¿Me oyes?!

Ella respiró profundamente y le contestó:

— Sí. Ahora estoy segura de ello.

Los dos sonrieron. Se sentían dichosos y capaces de salvar cualquier obstáculo. Empezaron a caminar abrazados, y en seguida se pusieron a bromear. Pasearon juntos durante el resto de la tarde, y se contaron muchas cosas. Finalmente llegó la noche y volvieron al pueblo. Tomaron algo de comer con Natasha y Gostav, mientras conversaban animadamente. Luego dieron juntos otro paseo por el pueblo y por fin se fueron a dormir. Estaban tan cansados que, al igual que la noche anterior, cayeron rendidos de sueño.

CAPÍTULO 15.

Al día siguiente, Botan los condujo a un lugar tranquilo y allí les explicó en qué iba a consistir el ejercicio de entrenamiento. En realidad, parecía muy simple: Tenían que sentarse en el suelo cómodamente apoyados en un árbol o una roca. A continuación, con los ojos cerrados, tenían que intentar concentrarse sólo en sí mismos, No haciendo caso de ningún ruido. Podían ayudarse concentrándose en los latidos de su corazón. Y no pensar en nada más. Botan les explicó que éste era un ejercicio que les serviría para dominar sus propias mentes. Así pues, los dejó solos y ellos se sentaron y comenzaron el ejercicio.

Elena cerró sus ojos, respiró profundamente y se dispuso a concentrarse. Al principio, ni siquiera era capaz de sentir los latidos de su corazón, pero a los pocos minutos ya los escuchaba. De vez en cuando le venían pensamientos que la distraían, pero después de recomenzar varias veces empezó a dominar su mente, y cuando veía que le venía un pensamiento, no le hacía caso y seguía con lo que estaba. Y de esta manera se fue pasando un buen rato en el que ella se distrajo alguna vez que otra, pero supo dominar su mente en la mayoría de los casos.

Pasada como una hora, Botan regresó y les dijo que podían tomar un descanso. Se fueron juntos

a pasear por el bosque y después empezaron de nuevo con el ejercicio.

Durante varios días estuvieron entrenándose de esta forma. Iban alternando con paseos y otra explicaciones muy interesantes de Botan. Conforme hacían los ejercicios, su concentración iba perfeccionándose, de manera que llegó un momento en el que ya no les distraían ni siquiera ruidos exteriores.

Después de cinco días de intensa práctica, Botan les dijo que él pensaba que ya estaban preparados. No obstante, eran libres de esperar un poco más. Los dos jóvenes declararon estar de acuerdo. Entonces decidieron irse aquella misma tarde. Botan les dio un golpecito a cada uno en la espalda y exclamó:

— ¡Estupendo! Iremos a comer y podréis despediros de Gostav y Natasha.

Y así hicieron. Después de despedirse con un abrazo de sus anfitriones, se fueron con Botan hacia el camino que les llevaba a su mundo.

CAPÍTULO 16.

—Bien.— dijo Botan —Ahora esto ya lo tenéis que hacer vosotros solos. Para llegar hasta vuestro mundo debéis seguir todo el tiempo el camino. Bajo ningún motivo debéis salir de él— y repitió— ¡bajo ningún motivo!, recordadlo. Y ahora os deseo mucho ánimo y no os digo adiós sino hasta luego porque ya nos veremos...

Y dicho esto, se marchó.

Los dos jóvenes se quedaron callados unos instantes. Por fin, Marcos miró a Elena muy amorosamente y después la besó dulcemente en los labios. Luego le dijo:

—Elena, te quiero.

—Yo también te quiero, Marcos.— respondió ella.

Los dos se sonrieron mutuamente mirándose a los ojos durante unos segundos, y ya Marcos le preguntó:

— ¿Vamos?

— ¡Vamos!— contesto Elena.

Y los dos comenzaron a andar. Al principio el camino atravesaba el bosque, pero después de andar durante unos diez minutos, se fue despejando y, poco a poco el paisaje se fue tornando algo árido. Continuaron andando un poco y llegaron hasta un sitio donde se veía una especie de barranco no muy profundo, pero por el que corría misteriosamente un río de lava ardiendo. La única manera de continuar el camino era cruzando por encima del tronco de un árbol que atravesaba el barranco. Los dos se miraron y dijeron a un tiempo: “vamos allá”. El tronco no era muy ancho, así que tenían que pasar con un cuidado extremo si no querían caer en el fuego de abajo. Marcos pasó delante y, mirando de frente, fue andando despacito hasta llegar al final. Elena iba detrás de él, caminando de la misma manera. Al parecer, ya habían pasado el primer obstáculo.

Siguieron caminando, más animados por el logro, y después de recorrer medio Km. vieron cómo el camino empezaba a bordear la montaña y se iba estrechando, de forma que llegaba un momento en que no tendría más anchura de medio metro, y estaba limitado a un lado por una pared recta y por el otro por un precipicio cuyo final no se veía. Se añadía que allí soplaban un fuerte viento. Elena tomó aire y luego lo expulsó rápidamente, y dijo que esta vez ella iría primera. Y comenzó a caminar lentamente, siempre sin mirar hacia abajo. Mientras caminaba le vino un pensamiento de miedo, pero no le hizo caso y siguió andando hasta que finalizó ese tramo. Marcos iba detrás de ella. Cuando salieron de allí se miraron y se sonrieron, contentos por el nuevo obstáculo vencido.

Sin embargo, aún les quedaban algunas dificultades: enseguida se encontraron con que el camino se metía en la montaña. Al entrar era como una cueva bastante alta, pero conforme iban andando ésta se iba haciendo cada vez más estrecha y más baja. Tuvieron que empezar a andar un poco más agachados, para luego tener que ir a gatas y, por último, arrastrarse, yendo muy apretados porque apenas había espacio para moverse. Y, por supuesto, todo a oscuras, porque allí no entraba luz por ningún lado. Tampoco podía oírse nada, excepto su respiración y el ruido que hacían al arrastrarse. Era una situación difícil, pero aun así, continuaron hasta llegar a otra cueva, para finalmente salir al exterior de nuevo. Los dos respiraron profundamente y Marcos le preguntó a ella si estaba cansada. Ella

contestó que no, que podía continuar. Así, pues, continuaron.

Al cabo de unos diez minutos el camino llegó hasta un río con una corriente bastante fuerte. El sendero continuaba al otro lado del río, así que había que atravesar la corriente. Marcos miró a su alrededor, y cuando vio un palo que podía hacer las veces de bastón, lo cogió y le dijo a Elena que se ayudarían de él. Se metieron en el agua y apoyando el palo fuertemente, Marcos sujetaba a su compañera y, poco a poco, lograron llegar a la otra orilla.

Muy animados, continuaron andando y, de nuevo, se introdujeron en un bosque. Al poco, pudieron distinguir una neblina a lo lejos. El camino se dirigía hacia ésta. Marcos cogió la mano de Elena y apretando los dos fuertemente se fueron introduciendo en la niebla. De nuevo caminaban a ciegas, cuando sintieron que todo su cuerpo temblaba por una milésima de segundo, pero ellos siguieron andando. En seguida la niebla se fue haciendo menos espesa y, por fin, salieron de ella.

CAPÍTULO 17.

Los jóvenes reconocieron su mundo por el color del ambiente. Incluso el lugar les parecía conocido y vieron una de las huellas que Marcos había dejado el día que se perdieron. Los dos sentían una cierta alegría por haber vuelto, pero también una cierta melancolía por el mundo que habían dejado.

Como empezaba a anochecer, se dieron prisa para regresar al campamento.

Cuando llegaron, todo estaba tranquilo. Los chicos iban de un lado para otro sin prestarles ninguna atención. Las amigas de Elena aparecieron, y se acercaron a ellos diciéndole a Marcos:

— ¡Menos mal que la has encontrado! Teníamos miedo de que se perdiera. — comentó una.

— ¡Ah Marcos!, la directora te estaba buscando para no sé qué de la excursión de mañana.

Marcos y Elena no comprendieron, y ella preguntó:

— ¿Pero qué pasa aquí? ¿No habéis estado preocupadas? Creíamos que habríais estado buscándonos por toda la montaña.

Una de sus compañeras le contestó:

— No hace falta que seas tan irónica. Ya sabemos que nos has dicho que te las ibas a apañar tú sola, pero no nos fiamos y por eso se lo hemos dicho a Marcos.

Los dos jóvenes seguían sin entender, hasta que Marcos preguntó “qué día era”. Las chicas contestaron extrañadas que era domingo 12 de Julio. Elena y su monitor se miraron asombrados:

¡Estaban en el mismo día que habían desaparecido! En el otro mundo habían pasado siete días, pero en ése sólo habían transcurrido unas horas.

Cuando se quedaron otra vez solos, hablaron y decidieron que nadie les iba a creer, así que mejor guardarían silencio sobre todo lo ocurrido. También decidieron mantener en secreto su relación, porque una de las normas del campamento prohibía ese tipo de relaciones entre los monitores y los alumnos. Así que durante las dos semanas que siguieron se veían en secreto. Ciertamente se notó un cambio en el carácter de Elena, pero aunque nadie sabía realmente a qué era debido, lo achacaron al contacto con la naturaleza y al aire libre. Ella de vez en cuando miraba hacia la montaña, y sonreía recordando ¡tantas cosas!...

Por fin el campamento terminó. Elena y Marcos tuvieron que despedirse temporalmente porque él trabajaba en otra ciudad distinta de la de Elena. Pero él le dijo:

— Tú sabes que lo nuestro no es un simple romance de verano. Yo te quiero de verdad y por eso no voy a descansar hasta poder encontrar la manera de volver a estar juntos.

Ella, con lágrimas en los ojos, contestó:

— ¡Estaré esperándote, mi amor!

Marcos le sonrió y, abrazándola, le pidió que confiara en él. Ella asintió y después se separaron.

CAPÍTULO 18.

Elena regresó con su hermana Alicia a su ciudad. Una vez en casa, todo volvería a la normalidad. Pero en realidad no era así. Para Elena, todo había cambiado. Su visión de las cosas era diferente. También sus padres notaron el cambio en ella. Se había vuelto más sencilla, menos caprichosa y testaruda. Pero también arrastraba una cierta melancolía. Por un lado echaba de menos a Marcos, y por otro, recordaba todas las cosas que habían vivido en el otro mundo. Para ella había sido una experiencia tan maravillosa que deseaba contársela a todos. Pero estaba segura de que no la creerían. Así que se le ocurrió una idea por la cual ella podría contar todo sin que la tacharan de loca. Decidió escribir una novela en la que relataría fielmente todo. Y lo primero que hizo fue titularla: “La montaña misteriosa”.

Por otro lado, también se decidió a hablar a sus padres de Marcos, y ellos aceptaron bien la idea de ver a su hija enamorada.

Pasaron unos días y llegó su cumpleaños. Sus padres y su hermana le hicieron algunos regalos que ella recibió agradecida. Su madre cocinó su plato favorito y cuando se sentaron para comer, llamaron a la puerta. Alicia fue a abrir. Tardó un poco y después entró al comedor y le dijo a Elena, entre risitas, que afuera había alguien que quería felicitarle. Elena se preguntó quién sería, que le hacía tanta gracia a su hermana. Cuando salió al recibidor, allí estaba Marcos. Sorprendida y emocionadísima fue corriendo hacia él y los dos se abrazaron y se dieron montones de besos. Después ella le hizo pasar y rápidamente él le explicó que había conseguido un trabajo allí y que por fin podrían estar juntos. Elena estaba feliz. Luego pasó a Marcos al comedor y le presentó a sus padres. Por supuesto comió con ellos. En seguida cayó bien a los padres y Elena no podía sentir más dicha.

Pasaron algunos meses. Elena escribió su novela, y Marcos (al cual le pareció una buena idea), le ayudó en algunos pasajes. Entonces la llevó a una editorial y les gustó. Al poco tiempo la editaron. Elena se sentía contenta, ya no por el hecho de haber tenido éxito, sino porque de alguna manera aquella historia podría llegar a mucha gente. Y tal vez esto les diera que pensar...

Después de un año Marcos y Elena se casaron. Se fueron de luna de miel a Egipto y por fin conocieron las pirámides.

Estando allí, al pie de la esfinge, pensaron hacerse una foto. Así que fueron a pedirle al primero que pasaba que si podía hacérsela, cuando se les acercó un hombre que les dijo:

— ¿Queréis que os ayude, muchachos?

Los dos recién casados miraron al hombre y se quedaron gratamente sorprendidos.

Ese hombre era Botan.

FIN

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar: http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm



Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>